

#43

Género e historia ambiental

*Carolyn Merchant **

Lydia Adams-Williams, escritora pretendidamente feminista y conservacionista, dijo en 1908: «Al igual que la intuitiva previsión de Isabel la Católica fue la que llevó la luz de la civilización a un gran continente, en gran medida recaerá en manos de las mujeres educar la sensibilidad pública para salvar los recursos de los que depende el bienestar de los hogares, de los hijos y de los hijos de los hijos, del despilfarro rapaz y del agotamiento absoluto». Su compatriota, la señora Lovell White de California argumentaba que dar marcha atrás en la destrucción de la tierra, que «los hombres cuyas almas son aserraderos» han llevado a cabo, era un proyecto que requería lo mejor de las mujeres. Estas mujeres de la cruzada conservacionista progresista de principios de siglo ejemplifican una perspectiva abiertamente feminista acerca del ambiente ¹.

En mi aproximación a la historia ambiental utilizo las categorías ecología, producción, reproducción y conciencia. En cada una de ellas introduzco una perspectiva de género que proporciona un reconocimiento completo de los roles de las mujeres y de los hombres al escribir sobre las transformaciones ambientales.

Las mujeres y los hombres han tenido a lo largo de la historia diferentes papeles en la producción con su repercusión sobre el medio

* Profesor de Historia Ambiental, Filosofía y Ética en el Department of Conservation and Resource Studies en UC-Berkeley.

¹ MERCHANT, CAROLYN : «Women of the Progressive Conservation Movement, 1900-1916», en *Environmental Review*, núm. 8 (primavera 1984), pp. 57-85, esp. 65, 59.

ambiente. En los modos de producción de subsistencia, como los de los pueblos nativos americanos, el impacto de las mujeres sobre la naturaleza es inmediato y directo. En las economías de recolección, caza y pesca, las mujeres recolectan y elaboran plantas, pequeños animales, huevos de pájaros y marisco; fabrican herramientas, cestos, esteras, hamacas y vestidos, mientras los hombres cazan animales de mayor tamaño, pescan, construyen las presas para pescar y los arzones de las cabañas y queman los bosques y el monte bajo. Puesto que la disponibilidad de agua y de combustible afectan el cocinado y la conservación de los alimentos, las decisiones sobre degradación ambiental que obligan a trasladar el campamento o el poblado de lugar, quedan en manos de las mujeres. En las comunidades horticultoras, las mujeres son a menudo las principales productoras de cultivos y las fabricantes de azadones, útiles plantadores y palos cavadores; pero cuando los mercados transforman estas economías, son frecuentemente los hombres quienes controlan las economías monetarias y los impactos ambientales que de ellas se derivan. El acceso de las mujeres a los recursos para cubrir necesidades básicas puede entrar en conflicto directo con los roles masculinos en la economía de mercado. Como en el caso de la pérdida de control sobre la horticultura por parte de las mujeres Seneca, durante el siglo XIX en América, y el paso a una agricultura masculina y al acceso de los hombres al dinero gracias a una mayor movilidad. O en el movimiento chipko (abrazarse a los árboles) de la India, durante la pasada década, cuando las mujeres se abrazaban literalmente a los árboles para protestar contra su cada vez menor acceso al combustible para cocinar, mientras se expandía la tala de árboles controlada por los hombres².

En la economía agraria de la América de la colonización y la frontera, la producción extradoméstica de las mujeres, al igual que la de los hombres, tuvo un impacto ambiental inmediato. Mientras el trabajo que hacían los hombres talando bosques, plantando y fertilizando campos y cazando o pescando afectaban al medio ambiente de la

² MARBURG, SANDRA: «Women and Environment: Subsistence Paradigms, 1850-1950», *ibid.*, 8 (primavera 1984), pp. 7-22. ROTHENBERG, DIANE: «Erosion of Power: An Economic Basis for the Selective Conservatism of Seneca Women in the Nineteenth Century», en *Western Canadian Journal of Anthropology*, núm. 6, 1976, pp. 106-122. SHIVA, VANDANA: *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Londres, 1988. ETIENNE, MONA, y LEACOCK, ELEANOR (comps.): *Women and Colonization: Anthropological Perspectives*, Nueva York, 1980.

explotación agrícola en un radio mayor, las actividades de las mujeres en las vaquerías, el libre correteo de las aves de corral y los huertos de flores, hierbas y hortalizas, todo ello afectaba la calidad de los suelos y las aguas cercanas y el nivel de plagas de insectos, alterando los efectos del microambiente en la salud humana. Sin embargo, durante el siglo XIX, a medida que la agricultura se fue especializando y orientando hacia la producción para el mercado, los hombres pasaron a controlar la vaquería, la avicultura y la horticultura, dando lugar a un declive de la producción extradoméstica de las mujeres. Aunque las mujeres siguieron aportando sus contribuciones tradicionales a la economía de la explotación agrícola en muchas áreas rurales, y algunas mujeres ayudaban tanto en las tareas agrícolas como en la organización doméstica, la tendencia general hacia los *agrobusiness* capitalistas convirtió progresivamente los pollos, las vacas y las hortalizas en componentes eficientes de factorías instaladas en los campos y dirigidas por granjeros varones con la intención de obtener beneficios³.

En la época industrial, a medida que las de clase media dirigían en mayor medida sus energías hacia la educación consciente de sus hijos y la domesticidad, las mujeres definieron una nueva pero todavía inconfundiblemente femenina relación con el mundo natural. En sus papeles, socialmente contruidos, de madres morales a menudo les enseñaban a los hijos cosas acerca de la naturaleza y la ciencia en casa y en las escuelas elementales. En la época progresista, la dedicación de las mujeres a mantener un hogar para los maridos y los hijos, llevó a muchas de ellas —como las que se han citado más arriba— a ser la punta de lanza de un movimiento conservacionista de ámbito nacional, para salvar los bosques y las aguas y crear parques nacionales y locales. Aunque los historiadores han atribuido los logros del movimiento a hombres como el presidente Theodore Roosevelt, el ingeniero forestal Gifford Pinchot y el conservacionista John Muir, los esfuerzos de miles de mujeres fueron directamente responsables de muchos de los más significativos logros de conservación del

³ MERCHANT, CAROLYN: *Ecological Revolutions: Nature, Gender and Science in New England*, Chapel Hill, 1989. GEE BUSH, CORLANN: «The Barn Is His, the House is Mine», en *Energy and Transport*, comp. por DANIELS, GEORGE, y ROSE, MAR, Beverly Hills, 1982, pp. 235-259. SACHS, CAROLYN E.: *The Invisible Farmers: Women in Agricultural Production*, Totowa, 1983.

país. Las mujeres que escribieron sobre temas naturales, como Isabella Bird, Mary Austin y Rachel Carson, se encuentran entre los comentaristas más influyentes en la actitud americana hacia la naturaleza ⁴.

Una sensibilidad hacia el género enriquece la historia ambiental, también por lo que se refiere al conocimiento. Los nativos americanos, por ejemplo, tenían una construcción del mundo natural como algo animado y creado por espíritus y dioses. Los mitos de los orígenes contenían leyendas de la madre tierra y el padre cielo, la abuela marmota y los coyotes embusteros, las madres cereal y los espíritus de los árboles. Estas deidades mediaban entre la naturaleza y los humanos, inspirando rituales y comportamientos que ayudaban a regular el uso y la explotación del ambiente. Mitos como éstos tenían relación con los ritos de la siembra, la cosecha y la obtención de los primeros frutos entre los nativos americanos y en las culturas del Mundo Antiguo, como las de la antigua Mesopotamia, Egipto y Grecia, que simbolizaban a la naturaleza como una diosa madre. En la Europa renacentista, se concebía la tierra como madre nutricia (la vicerregente de Dios en el mundo) y el cosmos como un organismo con cuerpo, alma y espíritu. Una concepción de la tierra como ser vivo y una relación de tú a tú entre los humanos y el mundo, no impide la explotación de los recursos para el uso humano, pero supone una ética de la moderación y la propiciación por medio de los ritos religiosos prescriptivos antes de extraer minerales, represar arroyos o sembrar y recoger cosechas. La relación humana con la tierra está íntimamente vinculada a la supervivencia diaria ⁵.

Cuando el capitalismo mercantil, la industrialización y la urbanización empezaron a distanciar de la tierra a un número creciente de elites masculinas, durante el siglo XVIII en Inglaterra y el XIX en América, el marco de pensamiento mecánico creado por los *padres*

⁴ MERCHANT: «Women of the Progressive Conservation Movement». NORWOOD, VERA: «Heroines of Nature: Four Women Respond to the American Landscape», en *Environmental Review*, núm. 8 (primavera 1984), pp. 34-56.

⁵ ALLEN, PAULA G.: *The Sacred Hoop: Recovering the Feminine in American Indian Traditions*, Boston, 1984. EISLER, RIANE: *The Chalice and the Blade*, San Francisco, 1988. BERGER, PAMELA: *The Goddess Obscured: Transformation of the Grain Protectress from Goddess to Saint*, Boston, 1985. BORD, JANET, y BORD, COLIN: *Earth Rites: Fertility Practices in Pre-Industrial Britain*, Londres, 1982. MERCHANT, CAROLYN: *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution*, San Francisco, 1980.

de la ciencia moderna legitimó el uso de la naturaleza para la obtención de beneficios por parte de los humanos. La concepción de que la naturaleza estaba muerta, compuesta de átomos inertes movidos por fuerzas externas, que Dios era ingeniero y matemático, y que la percepción humana era el resultado de la acción de partículas de luz que rebotaban en los objetos y se transmitían al cerebro como sensaciones discretas, significaba que la naturaleza respondía a las intervenciones humanas, no como partícipe activa, sino como un instrumento pasivo. En consecuencia, la forma en que el género construye las visiones del mundo, los mitos y las percepciones relativas al conocimiento, se pueden considerar una parte integral de la historia ambiental⁶.

Para acabar las ideas procedentes de la teoría feminista sugieren la utilidad de un cuarto nivel de análisis —la reproducción— que tiene una relación dialéctica con los otros tres. En primer lugar, todas las especies se reproducen a sí mismas de forma generacional y sus niveles de población tienen un impacto sobre la ecología local. Pero por lo que se refiere a los humanos, el número de individuos que se pueden sostener está en relación con el modo de producción: un ecosistema dado puede sostener más población bajo un modo de horticultura que bajo uno de recolección, caza y pesca, y todavía más bajo un modo industrial de producción. Los humanos se reproducen biológicamente de acuerdo con las normas sociales y éticas de la cultura en que han nacido. Los pueblos nativos adoptaron una serie de técnicas de control de población, justas e injustas, como la prolongación de la lactancia, la abstención, el *coitus interruptus*, el uso de plantas autóctonas abortivas, el infanticidio y el senilicidio. La capacidad de sustentar a la población, los factores nutricionales y las costumbres tribales legitimadas dictaban el número de críos que debían llegar a la edad adulta para reproducir el conjunto de la tribu. En cambio, los colonos americanos fomentaban el aumento de la natalidad debido a la escasez de mano de obra en las nuevas tierras. Con el comienzo de la industrialización en el siglo XIX, se dio una transición

⁶ MERCHANT: *Death of Nature*. Véase también, KELLER, EVELYN F.: *Reflections on Gender and Science*, New Haven, 1985, pp. 33-65. Sobre el género en las percepciones de la naturaleza en América, véase KOLODNY, ANNETTE: *The Lay of the Land: Metaphor as Experience and History in American Life and Letters*, Chapel Hill, 1975. KOLODNY, ANNETTE: *The Land before Her. Fantasy and Experience of the American Frontier, 1630-1860*, Chapel Hill, 1984.

demográfica que tuvo como consecuencia el descenso del número de partos por mujer. Por consiguiente, la reproducción intergeneracional, mediada por la producción, tiene impacto en la ecología local.⁷

En segundo lugar, las personas (al igual que otros seres vivos) deben reproducir diariamente su propia energía por medio de la comida y deben conservar esta energía con vestidos (pieles, abrigos u otros métodos de control de la temperatura corporal) y cobijo. La recolección o la siembra de cultivos alimenticios, la fabricación de vestidos y la construcción de casas son actividades dirigidas a la reproducción de la vida diaria.

Además de estos aspectos biológicos de la reproducción, las comunidades humanas se reproducen socialmente de dos formas adicionales. La población transmite los conocimientos y las normas de comportamiento a la siguiente generación de productores, permitiendo de este modo que una cultura se reproduzca a lo largo del tiempo. También estructura sistemas de gobierno y leyes que mantienen el orden social de la tribu, la ciudad o la nación. Muchas de esas leyes y políticas tienen que ver con la asignación y la regulación de los recursos naturales, la tierra y los derechos de propiedad. Los cuerpos legislativos las aprueban y la acción del gobierno y el sistema judicial las administran. La ley, según esta interpretación, es un medio para mantener y modificar un orden social determinado. Estos cuatro aspectos de la reproducción (dos biológicos y dos sociales) interactúan con la ecología en el contexto de un modo de producción concreto.⁸

Este análisis de la producción y la reproducción en relación con la ecología nos ayuda a delinear cambios en las formas del patriarcado en diferentes sociedades. Aunque en la mayoría de sociedades el gobierno ha estado en manos de los hombres, de ahí el patriarcado, el equilibrio de poder entre los sexos ha variado. En las comuni-

⁷ BOSERUP, ESTER: *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change under Population Pressure*, Chicago, 1965. BOSERUP, ESTER: *Women's Role in Economic Development*, Nueva York, 1970. HARRIS, MARVIN: *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, Nueva York, 1979. MERCHANT, CAROLYN: «The realm of Social Relations: Production, Reproduction, and Gender in Environmental Transformations», en *The Earth as Transformed by Human Action*, compilado por B. L. Turner II, Nueva York, de próxima publicación. WELLS, ROBERT: *Uncle Sam's Family: Issues and Perspectives in American Demographic History*, Albany, 1985, pp. 28-56.

⁸ Para una elaboración más detallada de la reproducción como categoría organizadora, véase MERCHANT: *Ecological Revolutions*.

dades recolectoras-cazadoras y horticultoras, la extracción y la producción de alimentos era o bien compartida por hombres y mujeres en proporciones iguales, o bien dominada por las mujeres, de modo que el poder masculino o femenino en la reproducción tribal, jefes y chamanes, se equilibraba con el poder de las mujeres en la producción. En las comunidades de la América de la colonización y la frontera, orientadas hacia la subsistencia, los hombres y las mujeres compartían el poder en la producción, si bien los hombres jugaban papeles dominantes en la reproducción político-legal del conjunto social. En la época del capitalismo industrial en el siglo XIX, la pérdida de poder de las mujeres en la producción agrícola extradoméstica se vio compensada por un aumento del poder en la reproducción de la vida cotidiana (domesticidad) y en la socialización de los hijos y los maridos (la madre moral) en la esfera de la reproducción. De modo que los desplazamientos de poder que tienen lugar en distintos ambientes, no son sólo los que se producen entre culturas indígenas e invasoras, sino también entre hombres y mujeres ⁹.

Por consiguiente, la perspectiva de género en la historia ambiental ofrece, a la vez una imagen más equilibrada y completa de las interacciones entre la humanidad y la naturaleza en el pasado, y un avance en sus marcos teóricos. Las formas en que mujeres y hombres realmente contribuyen a la producción, la reproducción y el conocimiento, en relación a la ecología, dependen del escenario concreto y de los actores que intervienen. No obstante, en los distintos actos de lo que Timothy Weiskel ha llamado el ecodrama global, se deberían incluir escenas en las que el papel de los hombres y las mujeres esté en el centro del escenario y escenas en las que la naturaleza misma sea una actriz. Así es como la introducción del género en la historia ambiental puede contribuir a hacer una historia más global de diversas regiones y épocas ¹⁰.

⁹ *Ibid.*, COTT, NANCY F.: *The Bonds of Womanhood: «Woman's Sphere» in New England, 1780-1835*, New Haven, 1977. EPSTEIN, BARBARA L.: *The Politics of Domesticity: Women, Evangelism, and Temperance in Nineteenth Century America*, Middletown, 1981. BLOCH, RUTH: «American Feminine Ideals in Transition: The Rise of the Moral Mother, 1785-1815», en *Feminist Studies*, núm. 4 (junio 1978), pp. 101-126. WELTER, BARBARA: «The Cult of True Womanhood, 1820-1860», en *American Quarterly*, núm. 18 (verano 1966), pp. 151-174.

¹⁰ Sobre la historia ambiental como ecodrama, véase WEISKEL, TIMOTHY: «Agents of Empire: Steps toward an Ecology of Imperialism», en *Environmental Review*, núm. 11 (invierno 1987), pp. 275-288.

